

narios trozados, y otros levantando sus esbeltas torres castellanas con agujas de piedra; sobre aquella ciudad calada como una hoja de marfil chino, un cielo diáfano, un cielo azul y tibio como el cielo de Nápoles.

Y por todas partes el agua corriendo con sus ondas color de acero sobre un suelo vestido, como la isla de Calipso, con una eterna primavera.

En aquel cuadro tan risueño iba á representarse un drama terrible.

Esto me obliga á llevar á mi lector por el circuito de la ciudad para que la conozca toda entera.

Al Oriente de Querétaro desembocan dos caminos: uno tallado en la montaña, que se llama la Cuesta China: el otro encajonado en una cañada y que se oculta entre las rocas y los árboles. Sigamos el primero, que el segundo lo describiremos despues.

Acabando de descender la rápida y vertiginosa pendiente de la cuesta se cruza la garita, y se sigue despues una vereda abierta al pié de un pedregal, adonde crece un número prodigioso de cactus y de aloes como si fuera aquella una tierra asiática. A la izquierda, el pedregal se levanta mas y mas en anfiteatro, formando al fin un mamelon de rocas, aplastado fuertemente en su vértice, que queda hecha una pequeña planicie: al borde de esta está el Camposanto prolongado por una pared, hasta confundirse en los muros de un templo. Es la Cruz.

Acabando de subir por aquel camino pedregoso é intransitable como si jamás lo hubiera pisado planta humana, se llega á la plaza de la Cruz, pequeño anfiteatro lleno de tradiciones de la época de la conquista. Entónces se llamó el cerro de *Sangremal*, y allí, sobre las ruinas del templo indio levantaron los frailes aquella austera y magnífica cartuja adonde pasó sus últimas horas de libertad Maximiliano de Austria.

Frente á la puerta de la iglesia se levanta la Cruz de la Aparicion, cruz gigantesca y monumental que la mano del monge rodeó con espléndidas palmas árabes, para que le dieran sombra con sus abanicos de esmeralda, y que el indio va á adornar en su culto idolátrico con festones de tul y con guirnaldas de dalias silvestres.

La guerra ha borrado ese manuscrito tradicional de piedra levantando allí sus toscas trincheras de adobe, y desgarrando los muros del claustro y los calados de la cúpula con las balas de sus cañones.

Hácia el Poniente del templo se vé una cuña de cantería que se abre en dos calles divergentes: es la ciudad que desciende en una fuerte ondulacion para subir despues siguiendo la elevacion de la superficie.

Al costado Sur del convento, y perdidas entre los órganos del pedregal, hay infinitas chozas, adonde se abrigan los últimos restos de la raza conquistada, la que conserva aún sus tradiciones religiosas, mezclándolas con la nueva secta, y el idioma y las costumbres de sus aborígenes. Entre esas chozas está la pequeña iglesia de San Francisquito.

Enfrente, un llano siempre cubierto con el verde tapiz de sus sembrados, y que sube en una inmensa rampa hasta la falda del cerro del Cimatario.

La orilla de la ciudad va prolongándose con su Alameda estensa y bellísima, pero inculta y sombría como una selva del desierto; ya al Poniente, está la Casa Blanca, pequeña finca de campo levantada sobre una leve eminencia, y que forma el ángulo de aquel paralelógramo: su lado Occidental se prolonga casi recto hasta ir á perderse en el Cerro de las Campanas.

Si se sigue el camino de la Cañada el paisaje es distinto: se creeria ver un cuadro flamenco de fuertes tintas azules, verdes y rojas.

La senda ondulada como una vívora de agua, está enca-

jonada entre la montaña y el río, primero, después se pierde en la profunda grieta del cerro, y de allí sale al fin á una ancha calzada bordada á sus dos orillas por una espesa arboleda, y abierta entre mil jardines donde la yedra viste con sus flexibles guías las copas de los naranjos, los limoneros y los manzanos, confundiendo sus campánulas azules con los dorados frutos que penden de sus ramos. La calzada sube en una fuerte curva por una rampa que llega á las calles de la ciudad. Dejemos esta á la izquierda, y recorramos sus orillas. Estas, formadas por los barrios más pobres de la ciudad, siguen la margen del río, que corre al Norte, yendo á perderse al Poniente, mientras que aquel lado del paralelogramo va también á morir al Cerro de las Campanas.

Allí está ese cerro memorable, como un túmulo indio que el tiempo hubiera cubierto con su líquen y su musgo. Aislado y pequeño, se comunica con la ciudad por una rampa muy suave, mientras que por el lado que ve al campo está cortado á pico, y es casi inaccesible con sus rocas unidas á la montaña por una sola de sus caras, y que ciñen su cima como una almena destruida, ó como una diadema rota.

Frente al cerro de las Campanas, y solo separados por el lecho del río y una banda estrecha adonde se ha fundado el pueblo de San Sebastian, se levantan los cerros de la Cruz, San Gregorio, San Pablo y la Trinidad, que prolongándose al Oriente, van á unirse con la montaña de donde parte el acueducto, y con la Cuesta China.

Hé aquí la decoración donde iba á representar el imperio su última tragedia.

En esa ciudad hizo alto Maximiliano.

Allí comenzó á organizar su ejército reuniendo las tropas de Márquez con las de Mejía y Castillo.

El día 23 de Febrero al medio día entraron á la ciudad las tropas de Mendez, que habían abandonado á Michoacán

para reunirse con el emperador: su presencia causó profunda amargura en la ciudad, porque recordó el fusilamiento de Arteaga.

Dejemos á Maximiliano pasando revistas y discutiendo planes de campaña con sus generales viejos, los que le prometían repetir por él aquellas fáciles victorias de la guerra de reforma: olvidaban el gran desastre de Calpulalpam.

Dejemos á los imperialistas hacerse las últimas ilusiones al ver reunidas las mejores espadas del ejército clerical, sin atender cuánto habían cambiado los tiempos, y tornemos la vista á la República.

## II.

Definitivamente habian cesado las vacilaciones de los Estados-Unidos, y ante la faz del mundo tendieron la mano á nuestro gobierno, retando á la Francia en nombre de la inviolabilidad del continente americano.

Si en esta determinacion habian influido las razones de Estado que tenia el gabinete de la Casa Blanca para restaurar su popularidad, y el deseo de tomar la revancha por la proteccion que pretendió dar el gobierno de las Tullerías á la causa separatista, es indudable que tuvo tambien un gran participio en conciliar á México las simpatías del Norte la política de Romero, nuestro ministro en Washington.

Romero pertenece á los hombres de esa época: hoy es vivamente atacado, pero yo no hablo de la historia del presente, y de los hechos pasados se puede ya formar un juicio intachable.

Don Matías Romero es uno de esos hombres que saben elevarse solos, porque su fortuna política es hija de sus propias obras. De baja talla, de cabeza voluminosa orlada de un pelo siempre flotando en desórden al derredor de la parte alta del cráneo encalvecido prematuramente, de luenga barba, de tez pálida, de ojos vivísimos, de labios delgados y contraídos en su comisura por una sonrisa llena de inge-

nuidad, el jóven abogado no revela en su fisonomía ni en sus finas maneras toda la energía de que es capaz.

Y sin embargo tiene una voluntad de acero y una resistencia para el trabajo que asombra. Ambicioso de gloria, consagrado á la política, no tiene mas negocio que ese en la vida, y marcha recto á su objeto, sin pararse en las dificultades y sin detenerse por la grita que se levanta á su paso. Los caracteres de este temple siempre llegan á su fin.

Con estas dotes, y dedicado esclusivamente á obtener la parcialidad americana en favor de su patria, luchando sin cesar, con un tino y una prudencia admirables, Romero logró al fin insinuarse en la intimidad del gabinete de Washington, y hacer que este dispensara al gobierno de México todas las atenciones de su rango y las simpatías que merecia por su heroísmo.

Romero será hoy y mas tarde lo que se quiera: pero es innegable que sus trabajos en la legacion bastan para conquistarle la gratitud de su país, y un lugar muy alto en la historia nacional. Porque admira que un solo hombre haya podido llevar acabo esa empresa y atendiera á los mil incidentes que entónces se presentaron: y no debe olvidarse que aquel principiante en la carrera diplomática no tuvo jamás un desliz, ni cometió un solo error ó imprudencia, siendo todas sus notas perfectamente correctas y dictadas con suma habilidad: y recuérdese la situacion en que nuestro ministro funcionaba, situacion durante la cual habian hecho fiasco los mejores hombres de Estado europeos.

Con tan buen auxiliar en la República vecina, pudo el gobierno constitucional atender mejor á organizar la lucha en el interior del país.

Dejé á Juarez en el Paso: á la fecha en que llego ya en mi historia vuelvo á encontrarlo en Zacatecas.

Si algunas horas tuvo que salir de esta ciudad por el ataque de Miramon, derrotado este en San Jacinto, pudo Jua-

rez volver á ella, para ir de allí á San Luis Potosí, adonde estableció definitivamente la capital provisional de la República.

Ya entónces existía el ejército del Norte: de una pluma da voy á hacer la hoja de servicios de ese cuerpo del ejército nacional.

La intervencion habia llegado hasta las fronteras de nuestro territorio: la lucha parecia sofocada.

El dia 7 de Marzo de 1864 cruzaron el Rio Bravo el general Escobedo, los coroneles Naranjo y Gorostieta, y cinco oficiales mexicanos: iban á luchar contra la intervencion y el imperio. Aquel absurdo se realizó, y tres años despues esos hombres hacian prisionero al emperador.

Escobedo es un hombre alto, delgado, de grandes piés y grandes manos, cara larga encajada en una espesa patilla, pómulos salientes, ojos pequeños siempre lacrimosos, y orejas muy pronunciadas. Hans ha estado muy feliz al retratarlo diciendo que se asemeja á un mercader judío de la edad media.

Escobedo es tambien una gran figura en nuestra historia: su patriotismo no tiene una tacha, y sus servicios á la República no tienen número. Sin instruccion alguna; pero de una inteligencia muy clara y de una perspicacia admirable, llegó á fuerza de valor, de constancia y de genio militar, á ser una de las primeras espadas de la República: los conservadores nó le perdonan que haya vencido á sus mejores generales agrupados en torno de la República.

Este fué el núcleo de aquel ejército. Durante tres años, enmedio de la miseria mas horrible, sin desalentarse por las derrotas, obteniendo á veces triunfos de donde sacaba el material de guerra; así llegó Escobedo á formar la division que derrotó á los imperiales en Santa Gertrudis, quitándoles el convoy que conducian.

Desbaratado el cuerpo de ejército de Mejía, Escobedo

lanzó sus tropas sobre los franceses obligando á Jeaningros á retirarse á Monterey.

Entre tanto, y de resultas de la derrota de Santa Gertrudis, Mejía habia capitulado en Matamoros, entregando la plaza á Carbajal: esta capitulacion no fué aprobada por el gobierno constitucional, y este nombró á Tápia para que fuera á reducir al órden á Canales que se habia pronunciado en el puerto.

Canales tambien desconoció al nuevo gobernador: esto trajo un conflicto que enervó la consecucion de la campaña, tanto mas cuanto que Tápia murió frente á la ciudad que sitiaba, atacado del cólera.

Allí estaba entónces Leon Guzman, para completar el grupo de los republicanos que consumaron la grande obra de la reforma y la independencia; tengo que detenerme en él.

Guzman apareció en primer término entre nuestros políticos, en los momentos solemnes del conflicto entre el Estado y la Iglesia.

Alto, escesivamente delgado, cuidando con exageracion el aseo de su persona, con su piel tostada por la prolongada exposicion á un sol ardiente y al viento acre de nuestros campos; Guzman, con sus maneras llenas de finura y galantería, con su vasta instruccion y con su juicio tan recto y tan severo, no parece el reformador audaz que mas trabajó por romper las tradiciones del pasado. Y sin embargo fué el iniciador de todos los grandes principios que formuló la Constitucion de 57.

Despues de las conmociones que trajo el golpe de Estado, restaurada la república, y cuando luchaba con las tendencias de la intervencion, en los meses de Mayo y Junio de 1861, ocupaba Guzman el ministerio de relaciones y gobernacion. Allí, él fué el primero que sorprendió la mala fé de Saligny, denunciando en la cámara, cuando fué inter-

pelado, la política agresiva del ministro francés, protestando que jamás reconocería el crédito Jecker, que era la constante aspiración del representante de Napoleón III. Guzman obtuvo, además, el asentimiento de los ministros inglés, americano y francés, para suspender el pago de las deudas que no procediesen de convenciones diplomáticas, cuya suspensión se decretó en Junio de 1861 sin oposición alguna. Pero cuando se trató de suspender el pago de las convenciones Guzman se opuso, porque comprendió que esto sería el pretexto capcioso que buscarían las potencias europeas para el rompimiento que deseaban: el gobierno insistió sin embargo en esa idea, y Guzman se separó del ministerio.

Entonces se retiró de la vida pública, y se dirigió á la frontera del Norte. Y él, tan honrado y tan íntegro, que por su rectitud catoniana jamás ha salido de los altos puestos sino pobre como llegó á ellos, se hizo labrador.

Allí, laborando su campo, lo encontró la guerra de intervención. Eran los días de la inmensa calamidad nacional, cuando se había perdido no solo el territorio entero, sino hasta la esperanza de recobrarlo. Entonces los patriotas que aun deseaban combatir se dirigieron al retiro de Guzman, y allí se formó el cuartel general de la insurrección, y de allí salieron las fuerzas de Darío Garza, Ruperto Martínez y Mendez, y todo el apoyo moral y la inducción que necesitaron Naranjo, Aguirre, Cortina y el valiente, el modesto Zepeda.

Más tarde, obsequiando la invitación de los generales Escobedo y Negrete, tomó un participio más activo en la lucha, pasó á Tamaulipas, y puso á disposición del segundo las fuerzas con que contaba en el Estado, y con ellas concurre al asedio de Matamoros. Esta operación se malogró, gracias á la actitud que tomaron las tropas confederadas del Sur, que ocupaban la orilla americana del río. La

retirada de Negrete trajo el fraccionamiento del ejército, del cual se separó Guzman tornando á Nuevo-León.

Después de aquellos desastres vino la reacción, y con ella los triunfos que antes he contado, hasta arrojar los restos del ejército imperial, hecho pedazos, al centro de la República.

Y la victoria hubiera sido más rápida sin el pronunciamiento de Canales. La muerte de Tápia vino á complicar más la situación.

Los jefes y oficiales de aquel cuerpo de ejército proclamaron á Leon Guzman general en jefe, y el mismo Escobedo lo nombró como tal; pero él declinó este honor, haciendo que se encargase del mando el general Vega, como más caracterizado.

Poco después llegó Escobedo con nuevas fuerzas, y al fin, después de mil incidentes provocados por la intervención del jefe americano Sedgwick, que ocupó la ciudad y se puso de parte de Canales, se obtuvo la sumisión de los rebeldes.

Así fué posible ya atender á la perfecta organización del ejército republicano, el cual avanzó hasta San Luis, y después de las jornadas de San Jacinto y la Quemada, pudieron marchar por el camino de Querétaro hasta San Miguel y Santa Rosa.

La situación de la República había cambiado. La victoria se cernía sobre sus batallones, y estos avanzaban triunfantes desde las fronteras y las costas del país, hacía el interior, estrechando sus anillos de hierro, y ahogando en ellos á sus enemigos.

Corona había pasado ya de Jalisco, Guanajuato había sido reconquistado, Michoacán y el Sur estaban en poder de los liberales, Oaxaca había sido tomada por Porfirio Díaz, todo el Estado de Veracruz, menos el puerto, lo regían las autoridades nacionales, y en suma, solo quedaban á Maxi-

miliano las tres ciudades Puebla, México y Querétaro, y un radio muy pequeño fuera de ellas.

Marcados así estos hechos, aunque con la rapidez á que me obliga el tiempo, voy á llevar á mi lector á que presencie el formidable choque de esos dos enemigos jurados, la República y el Imperio.

Aquello iba á ser un combate homérico.

Maximiliano habia logrado reunir en torno suyo cerca de doce mil hombres, y de organizarlos rápidamente.

Los imperialistas, al ver reunido aquel ejército realmente importante, y en el cual habia divisiones como la de Mendez que habian hecho una campaña feliz, sintieron renacer su esperanza.

Así es que, al anunciarse la llegada de los republicanos, se hicieron todos los preparativos que indicaban la intencion de salir á batirlos.

En efecto, en la madrugada del dia 6 de Marzo, la ciudad se encontró sola: el ejército imperial habia salido, y solo quedaban las guardias de servicio.

Al punto se creyó que el emperador tomaba la iniciativa operando sobre el cuerpo de ejército del Norte, cuya fuerza era casi igual en número, tratando ya de batir al ejército nacional en detall, ya de impedir la reunion de Escobedo con Corona, á quien se suponía en Celaya.

Sin duda que este plan era el mas hábil, y quizá su realizacion hubiera cambiado la faz de las cosas, si no haciendo triunfar al imperio, prolongando al menos su caida.

Pero Márquez se opuso á esa combinacion, y se decidió á esperar al enemigo fuera de la ciudad, pero apoyando en ella su retaguardia.

Lo que mas impacientaba, era aquel enemigo que no se

veia, tendido como estaba detrás de la cadena de montañas que amurallaban el costado Norte de la ciudad.

El pueblo de Querétaro, agitado con la expectativa de un gran acontecimiento, apenas lució el dia, subió á las alturas interrogando el horizonte.

Pero entónces solo encontró, con gran sorpresa suya, al ejército imperial tendido en una gran línea de batalla del Poniente al Norte, línea doblada en su mitad, formando un ángulo cuyo vértice era el cerro de las Campanas, y cuya base estaba cerrada por la ciudad.

Así permaneció todo el dia.

El cerro de las Campanas se fortificaba rápidamente: de la ciudad se conducian adobes y madera, y los presos por delitos comunes servian de peones á los ingenieros.

El cañon estaba mudo, y ni una polvareda lejana anunciaba la presencia de los liberales.

Al dia siguiente el ejército imperial habia hecho un movimiento, pero era retrógrado. Su ala derecha, que estaba tendida sobre el cerro de San Gregorio, se reconcentró á la orilla del rio, apoyándose en las casas de la ciudad.

Escobedo era bastante hábil para aprovecharse de aquella inmensa falta, y mientras divertia á los imperiales pasando una gran revista á su caballería en el campo de San Juanico, y á su frente, ordenó á Corona reconociese el Sur de la ciudad, pasando detrás de las colinas adonde termina el Cimatario, cubriéndose siempre, pero llegando hasta el camino de Amealco. Y á la vez volteó la posicion por el Este, enviando en la noche por el camino de la Sierra, dos baterías, lanzando á la vez las caballerías de Carbajal y Rivera al camino de México.

Doria, con los cazadores de Galeana, el 2º de Guanajuato, y el 3º de San Luis, quedó encargado de este movimiento, mientras que una brigada que conducia Rocha, hacia

una marcha de flanco para proteger la artillería y comenzar la operacion.

Al dia siguiente, la cresta de los montes del Oriente estaba erizada de soldados y cañones, abocados sobre la ciudad.

Márquez quedó aterrado, porque no comprendiendo el primer movimiento del enemigo, creyó que se retiraba, cuando lo vió aparecer sobre la Cuesta China.

Así quedaron cerrados á Maximiliano los tres grandes caminos de la ciudad.

Miramon entonces con una brigada ligera, quiso reconocer el Oriente, y llegó hasta la fábrica de Hércules, de donde volvió en la tarde: en la ciudad se contaba que habia hecho retroceder á los liberales barriéndolos de la montaña; sin embargo, no se habia oido un solo tiro.

A la hora del crepúsculo brilló un relámpago, y una granada vino á reventar sobre la iglesia de la Cruz. Minutos despues otra granada sucedió á la primera, pero describiendo una parábola mas estensa, y otras dos ó tres estallaron despues ya en el centro de la ciudad. Era la artillería liberal que ensayaba sus punterías.

Ya establecido este campo, volvió Doria al cuartel general á encargarse del mando de la reserva que le confiara Escobedo.

Pero tambien debo consagrar dos palabras á Doria. Si este pequeño trabajo mio ha de pasar á la posteridad, si quiera por estar ligado á la notable obra de Kératry, quiero que con ella pase á la historia el nombre de ese jóven que tantos servicios prestó á su país: en esto cumplo con un deber de corazon.

Juan Doria era alto, de busto romano, de formas hercúleas, blanco, frente despejada, las mejillas azuleando con la huella de su abundante barba siempre rasurada, los labios un poco gruesos cubiertos por un espeso bigote casta-

ño, la nariz recta, un poco grande, y algo encorbada, los ojos grandes, fijos, interrogativos, y lanzando esa mirada enervante que ha dado el triunfo á muchos duelistas. En sus ojos hubiera leído un médico los preludios del mal que lo llevó al sepulcro.

Tenia el tipo de un arrogante soldado: y sin embargo, era apenas un abogado de clara inteligencia, de una admirable memoria, de sumo juicio, y sobre todo de una alma de niño por la sencillez, y de un corazon de mujer por el sentimiento. Aquel jóven de 28 años que se batia como un leon, no podia ver una miseria sin tenderle la mano, ni un dolor ajeno, sin sentir que una lágrima humedecia sus párpados.

Era un perfecto ejemplo del patriota entusiasta, del ciudadano probo, y del leal caballero.

Desde el principio de la guerra de intervencion, abandonó su bufete de abogado, y se presentó á Escobedo, á cuyo lado permaneció siempre sirviéndole de secretario de guerra, y combatiendo á la cabeza de sus terribles cazadores de Galeana, que habia organizado él mismo.

Y jamás desmayó en medio de las derrotas, de las fatigas y de la miseria horrible en que estaban hundidos todos los defensores de la independencia: resistió como bueno aquellos largos años de prueba.

Como el torrente de los sucesos me va á arrebatar en sus rápidas ondas, y no podré detenerme mas en personalidad alguna, permítaseme que abra un paréntesis, y dentro de él salte dos años mas allá para acompañar á Doria hasta su agonía. No se me dirá que adulo; ¿qué puede darme un muerto á quien muchos han olvidado ya?

Despues del triunfo, cuando se procuró mejorar la suerte de los prisioneros de Querétaro, Doria cooperó mucho á ello. Yo tuve la honra de intentar que se concediera el perdón á los condenados á muerte, y nada habria podido lograr sin la filantrópica adhesion á aquella obra salvadora.

Mas tarde, cuando quedó restaurado el órden constitucional, vino Doria á la oficialía mayor del ministerio de la guerra, y despues ocupó un asiento en la cámara, desempeñando las comisiones de confianza con que lo honró el ejecutivo. Cuando gobernó el naciente Estado de Hidalgo, dejó allí sobre su nombre una espléndida aura de popularidad.

Jóven, lleno de vida y de porvenir, vino á herirlo la muerte. Aquel corazón gigante, henchido de valor y de sentimiento, se dilató rápidamente, y Doria murió sofocado por la aneurisma.

Yo presencié sus últimas horas: su alma sufría el tormento del condenado á muerte, porque la veía venir á esta cuando llegaba al zenit de su juventud, y queria vivir, y se retorcia bajo la garra del dolor, sin poder desprenderse y lanzarse al futuro que le sonreía con todos los encantos de la fortuna.

Lo habia yo llevado á Cuernavaca, á aquel encantado suelo donde las flores abren sus cálices tropicales en un cielo impregnado de aromas y de vida, donde hay bosques de árboles cuyos frutos solo gustan los reyes en Europa. Pero todo fué en vano. La enfermedad se agravaba, y fué preciso conducir al jóven héroe en una camilla. Al despedirse de mí me dió un abrazo anunciándome que seria el postrero, y que me encargaba procurase que su cadáver fuera embalsamado.

Su triste presentimiento no salió fallido, á los dos dias murió.....

Concluido con este deber de amistad, prosigo mi relato.

Por fin, el dia 14 de Marzo, comenzaron los liberales sus principales operaciones de ataque. Los reconocimientos anteriores, por mas que ambos contendientes los pregonen como victorias que cada uno de ellos dice haber ganado, no dieron mas resultado que haberse mantenido firme la línea

de circunvalacion del ejército republicano, y de haber vuelto á la plaza los imperiales despues de cada salida.

Maximiliano habia situado su cuartel general en la Cruz, adonde estaba tambien la brigada de reserva.

En la mañana de ese dia los republicanos aparecieron en las alturas de San Gregorio y San Pablo, y comenzaron á descender de ellas en gruesas columnas.

El cañon tronó por todas partes; los proyectiles llovian sobre la ciudad, y cruzaban el espacio como meteoros de muerte, y una detonacion inmensa, incesante, se escuchaba en todo el ámbito de la ciudad.

El Norte y el Oriente de la ciudad fueron atacados con vigor: los liberales ocuparon hasta el Camposanto de la Cruz y San Francisquito, y las cuadras siguientes hácia el centro de la ciudad.

Ocho horas duró el combate. A las cinco de la tarde las campanas de la ciudad saludaban á Maximiliano vencedor, y las músicas de los cuerpos recorrian las calles de la ciudad tocando dianas.

¿Qué era lo que habia pasado?

Los imperiales creian haber rechazado un asalto, y los liberales dicen haber arrojado á sus contrarios mas allá de su línea, practicando felizmente el reconocimiento proyectado.

Sea lo que fuere, el efecto palpable de aquel ataque fué que el ejército liberal quedó definitivamente establecido en la línea de San Sebastian, distando solo algunos metros de las fortificaciones enemigas.

Las fuerzas que habian llegado á penetrar hasta el convento de la Cruz, tuvieron que retirarse á su primera posición: la pérdida en el campo de Escobedo, significaba dos mil hombres menos.

En cuanto á la victoria del imperio, no me la esplico, como todas las que obtuvo durante este sitio memorable,

puesto que despues de ellas el enemigo siempre estaba enfrente cerrándole el paso, mientras que él tenia que volver á encerrarse en la ciudad.

Las tres principales salidas de Querétaro quedaban tomadas.

En los días que siguieron al 14 no hubo ningun ataque sério.

El dia 17 habian dispuesto los imperiales sorprender en la madrugada el campo republicano por el lado Norte, y recobrar las alturas que habian perdido tres días ántes.

Desde la media noche comenzaron los preparativos: los cuerpos se retiraban en silencio de los puntos que guarnecian, cruzando la ciudad llena aún de sombras, y reuniéndose todos en la plaza de San Francisco, de donde se extendieron hasta el Cármen y la calle del Puente.

Maximiliano y Márquez se dirigieron al cerro de las Campanas para presenciar la batalla.

Todo parecia dispuesto, y sin embargo, aunque comenzaba á aclarar el dia el ejército no salia de la plaza.

En la trinchera del Puente habia tales obstáculos que no pudieron pasar las caballerías: esto era inexplicable: escombros, carros rotos, todo parecia aglomerado allí intencionalmente para estorbar la marcha de las columnas, y lo notable es que estas dificultades eran accidentales.

En fin, salió el sol, y el ejército retrocedió á ocupar sus puestos primitivos, porque Márquez personalmente habia dado la contraórden: se decia que se habia equivocado el gefe que mandaba en la Cruz creyendo que iba á ser atacado, y que el temor de que se perdiera aquel punto tan importante y que estaba desguarnecido, fué lo que obligó á Maximiliano á mandar que se suspendiera la salida preparada.

Despues de cinco días de expectativa, el dia 22 hicieron al fin su salida los imperiales, avanzando hasta la hacienda

de San Juanico, de donde lograron traer algunas semillas. Tambien esta espedicion fué honrada dentro de la plaza con los honores de la victoria, apesar de que costó á los cuerpos que la hicieron inmensas pérdidas, sobre todo á los fronterizos de Quiroga. Miramon que fué el gefe que iba á la cabeza de las columnas, tuvo que volver á la plaza perseguido muy de cerca por los liberales, los cuales hicieron alto al fin, al ser recibidos por el vivísimo fuego de artillería con que las baterías del cerro de las Campanas protegian la retirada.

En la madrugada del dia 23 salió Márquez por el cerro del Cimatario, único punto que no habia sido ocupado aún por los liberales, llevando consigo el 5º escuadron de lanceros y los dos cuerpos de caballería de Quiroga. Este y Vidaurri lo acompañaban.

Iban á México en pos de recursos y hombres para venir á auxiliar al soberano.

La salida de Márquez calmó algo las rivalidades suscitadas con su presencia en el campo imperial.

Pero la situacion de este empeoraba visiblemente, y en la ciudad comenzaba á sentirse la carestía de víveres.

En el campo republicano por el contrario, se aglomeraban cada dia nuevos elementos de guerra.

Leon Guzman, restablecido de la grave enfermedad que lo obligó separarse de las fuerzas que mandaba en San Luis, fué nombrado gobernador de Guanajuato. Y allí, aprovechando la riqueza de su Estado, y con una hábil administracion ayudada con su actividad y su honradez sin tacha, incesantemente estuvo enviando al ejército nacional que sitiaba á Querétaro, dinero, víveres, municiones, ambulancias, botiquines y trabajadores para las obras de zapa, reclutados entre los mineros, lo cual los hacia muy útiles.

El gobierno, ademas, habia ordenado á las fuerzas que

espedicionaban en Michoacan y en el Estado de México que se dirigieran á Querétaro.

El día 24 en efecto aparecieron estas fuerzas por el Oriente de la ciudad. A las 8 de la mañana, despues de una marcha de cinco horas, cruzaban las tropas perfectamente organizadas para el ataque sobre las últimas colinas que terminan la base del Cimatario. Se estendieron por toda la línea del Sur hasta llegar frente á la Casa Blanca, é hicieron alto dando el frente á la ciudad. La columna del centro y la de la izquierda avanzaron sobre la Alameda y la Casa Blanca.

Violentamente habian agrupado los generales imperialistas su reserva y todas las tropas de que pudieron disponer, en el llano de la Alameda y en la garita del Pueblito.

Mejía, desde las 8 de la mañana, á pié y acompañado de un ayudante, se habia situado en una ventana del convento de San Francisco que daba al Sur, y desde donde se domina perfectamente todo el campo que está enfrente y por donde marchaban las fuerzas liberales. Estaba vestido de paisano é iba abrigado con un cache-nez rojo, porque cada día estaba mas enfermo. Apoyó en la verja horizontal su ante-ojo, y permaneció durante mucho tiempo observando los movimientos del enemigo. Luego que comprendió bien su posicion, descendió, montó á caballo y fué á tomar el mando de su caballería.

Era ya el medio dia cuando comenzó la batalla. Riva Palacio, Velez, Mendez, Martinez, Jimenez, Peña y Ramirez, Mercado, toda la juventud en fin mas entusiasta de la República, los héroes que habian sostenido aquella desesperada lucha contra la intervencion, estaban allí serenos y tranquilos, prontos á batirse como los veteranos mas agueridos.

La columna del centro avanzó sobre la Alameda, y la 2ª sobre la Casa Blanca. La primera llegó á medio tiro de

fusil, y entonces los imperiales rompieron sobre ella un fuego vivísimo que la hizo pedazos. Habia avanzado demasiado y no fué posible socorrerla: la caballería imperial la envolvió, y la diezmó en una carnicería horrible. Florentino Mercado, que marchaba á pié al frente de sus soldados, cayó cubierto de mil heridas. A la vez moria tambien Peña y Ramirez á unos cuantos pasos de la hacienda de Casa Blanca.

La division quedó por un momento espuesta á un desastre; pero fué socorrida por la caballería de Ugalde, que se lanzó á proteger la retirada de las columnas que tanto se habian empeñado, las cuales tornaron á su posicion.

Tambien los imperiales victoriosos se retiraron á su línea. El campo intermedio quedó sembrado de cadáveres: los republicanos habian perdido 2,000 hombres entre muertos y heridos, y trescientos prisioneros que fueron conducidos á Querétaro.

En la tarde los liberales habian concluido de establecer su campo, cerrando enteramente la línea de circunvalacion. Ese dia comenzó realmente el sitio.

Pero en el cuartel general del ejército republicano habia sin cesar el temor de que Márquez se lanzara sobre la retaguardia de la línea si lograba reunir un auxilio de importancia.

Además, se notaba la falta de pólvora.

Escobedo dispuso entonces que Guadarrama marchase con 4,000 caballos sobre el camino de México, con órden que se aproximase á la capital hasta encontrar á Márquez. Con esa division marchó tambien Doria.

Y á todos los gobernadores que estaban mas cercanos se les pidieron las municiones que faltaban.

A las 5 de la mañana del día 1º de Abril hicieron los imperialistas otra nueva salida: era la quinta que intentaban. Sorprendieron la línea del Norte, ocuparon San Se-

bastian, derrotaron á Antillon y avanzaron rápidamente hasta la Cruz del Cerrito. Entonces las reservas republicanas acudieron violentamente, rechazaron á los sitiados, recobraron las posiciones antiguas é hicieron infinidad de muertos y prisioneros al enemigo. Las tropas imperiales entraron de nuevo á la ciudad á las 9 de la mañana, conduciendo tambien algunos prisioneros y dos obuses de montaña.

Los gefes imperiales solemnizaron aquel triunfo, aunque les costaba tan caro, y apesar de que su inmediato resultado habia sido que el ejército republicano avanzara sus posiciones cien metros mas allá de las que antes tenia. Así es que solo quedaban separados de los imperialistas por el ancho de una calle.

Despues de esa sangrienta accion, hubo muchos dias de calma, que solo interrumpieron ligeros tiroteos sin resultado, y que se suspendieron al ver cuanto escaseaban ya las municiones.

Solo el cañon republicano tronaba con frecuencia, enviando á la ciudad sus terribles proyectiles huecos que tanto daño hacian á los habitantes.

La fisonomía de la ciudad era horrible: tenia el aspecto de un cementerio.

Los ayudantes y los oficiales de servicio que antes cruzaban rápidamente las calles altivos, risueños y llenos de esperanzas, montados en sus magníficos caballos del país, pasaban despues lentamente á comunicar órdenes, llenos de polvo, tristes y haciendo caminar apenas sus cabalgaduras flacas que se arrastraban con dificultad estenuadas por la falta de pasturas.

El pueblo se deslizaba en pequeños grupos en pos de los

viveres que tanto escaseaban. Los habitantes acomodados se escondian, porque cada dia eran mayores las vejaciones á que los sujetaba la autoridad militar para arrancarles dinero.

La presencia del emperador, el lema que habia adoptado para su gobierno, "*la equidad en la justicia*," nada bastó para evitar las horribles violencias que se cometieron, con un refinamiento inútil de crueldad, á fin de sacar cantidades absurdas en aquella situacion.

¿Para qué queria el imperio dinero? No habia mercado, y los viveres que se encontraban, se tomaban á la fuerza, dando en cambio recibos de la proveduría: el sueldo de nada servia al soldado, porque no habia que comprar. ¿Se trataba acaso de que los gefes superiores pudieran improvisar una fortuna para salvarse á la hora de la derrota, ó para pasar mas tarde la vida en el destierro ó en el retiro?

El hecho fué que ancianos y enfermos fueron conducidos á las trincheras, adonde se les obligaba á permanecer hasta que dieran el rescate que se les exigia: y las señoras fueron encerradas en prisiones horribles, y cuando no se encontraba á la víctima, se reducía á prision en su lugar al hijo, al padre, á la esposa, al amigo, al sirviente, á cualquiera en fin que se encontrara en la casa del causante, hasta obligar á este que se presentara. Y todas estas crueldades se ejercian acompañándolas de una inquisicion horrible, y sujetando á las víctimas á un trato insolente y brutal. Ya se ha dado á luz la informacion rendida por los mismos conservadores sobre estos plagios, robos y tormentos imperiales, despues de la ocupacion de Querétaro. Asombra y conmueve esa espantosa relacion: ni una horda de bandidos ó piratas que se hubiera apoderado de la plaza hubiera empleado un terror tan cínico para saquearla: infinitas familias quedaron arruinadas. ¿Con razon decia Barrès al emperador cuando se supo que este no abdicaba:

"*Sire, no arrastreis vuestro manto imperial en el fango y en la sangre!*" ¡Hans olvidó hacer mención de estos hechos de los suyos!

¡Horrible ironía! El día 10 de Abril una comisión presidida por García Aguirre, el ministro de Justicia, se dirigió al alojamiento del emperador á felicitarlo en aquel aniversario de la aceptación del trono hecha en Miramar.

El partido imperialista debía, por pudor, como decía Cicerón, haber guardado silencio en aquella circunstancia: ¿qué se habían hecho las protestas de adhesión, las actas de la voluntad nacional, los inmensos recursos del país, los millares de bayonetas nacionales y extranjeras, el apoyo de las naciones aliadas, las flores y los arcos de triunfo con que se fascinó al joven príncipe para llevarlo á aquel abismo?

La Europa aterrada permanecía impasible contemplando aquel drama; los adictos, los partidarios mas entusiastas á la hora de la ovación habían abandonado á su rey en el peligro, haciéndose á la mar con los franceses.

Y á Maximiliano le dejaban tan solo un campo de batalla adonde caer como héroe, ó un cadalso adonde morir como mártir de una mala causa.

Con razón en el discurso de Maximiliano al contestar la felicitación, se notaba ya el desaliento; y aunque lleno de dignidad podía verse en aquella pieza oratoria el prólogo de la defensa que debían mas tarde hacer por él ante un consejo de guerra republicano.

Al día siguiente de este aniversario se intentó una nueva salida por los sitiados, no como se supuso en el campo liberal para celebrar el recuerdo de la aceptación, sino para hacer salir algunos correos para Márquez.

La columna, que iba mandada por el príncipe de Salm, comenzó su movimiento; al despuntar el día se empeñó el ataque fuertemente sobre la garita de México; pero pocos

momentos despues los imperiales volvieron á la plaza habiendo sufrido una gran pérdida.

Y sobre todo no se logró que pasara ningun correo.

La ansiedad en la plaza era terrible: ¿qué habia pasado con Márquez?

¿Conocen mis lectores á Márquez?

Es un hombre pequeño, muy delgado, raquítrico casi, y cuyo cuerpo no revela la resistencia que ha demostrado para sufrir las mayores fatigas. Una barba larga, tordilla quemada, orla su rostro flaco, huesudo, teñido de bilis, y constantemente contraído en su mitad derecha por una convulsión continua, tic horrible que le dejó la herida de una bala que le desfiguró el carrillo en el ataque de Morelia. Sus ojos redondos y su frente pequeña y deprimida se asemejan á la fiera acorralada en una cueva. Sin los recuerdos de su historia, sin tener presentes las manchas de sangre que hay en su vida, aquel rostro da horror. En cuanto al hombre moral no quiero, no debo retratarlo. Sus propios compañeros, los hombres de su mismo partido, lo han juzgado con mas severidad de lo que lo harían los liberales. Kératry dice que Márquez era un general con instintos de verdugo.

Arellano y Márquez han emprendido una polémica, en la cual cada uno de ellos intenta deturpar al otro: ¡y ambos se inculpan mutuamente haberse escondido en un sótano mientras el soberano marchaba al patíbulo!

En fin, nada nos importan esas miserias de la crónica contemporánea, la historia no debe descender á ese terreno.

El 28 de Marzo se supo en la capital la llegada de Márquez, quien desprendido de Querétaro habia eludido todo encuentro con las fuerzas liberales.

El dia 29 salió Márquez de México llevando consigo las mejores tropas del imperio que habia en la ciudad, agregando á ellas las guarniciones de los pueblos inmediatos, los austriacos, los húsares rojos, los gendarmes y la contraguerrilla francesa.

Después de la derrota de Márquez se contó que solo llevaba cinco mil hombres; pero ántes dos periódicos de la capital al anunciar la expedición daban á aquella división diez mil hombres, dos baterías rayadas y una de montaña.

Sea lo que fuere, las tropas eran brillantes, y si con ellas se hubiera dirigido Márquez á Querétaro habria cambiado mucho la situación de Maximiliano. El plan de campaña pretestado por el lugar-teniente del reino de salvar á Puebla y á la capital es una excusa estúpidamente estratégica. Si las fuerzas del general Díaz eran superiores, Márquez no debió marchar á su encuentro porque era segura su derrota, mientras que unido en Querétaro con los sitiados se formaba un cuerpo de ejército respetable: si tal hubiera hecho debió presentarse frente á la ciudad cuando obtenía Miramón el triunfo del dia 27 de Abril.

¿Qué importaba además la capital? En los gobiernos personales el soberano es lo primero, y el lugar adonde él reside es la verdadera capital del imperio. Afortunadamente Márquez no pensaba así y fué á estrellarse contra el ejército de Oriente.

Al frente de este venia Porfirio Díaz.

Hay figuras en la historia que no necesitan la ovación de los contemporáneos porque tienen por pedestal la admira-

cion de los pueblos y el renombre de la posteridad. Porfirio Diaz es una de esas personalidades brillantes que se veneran pero que jamás se adulan.

Porfirio es un jóven alto, de un cuerpo de dandy, trigueno, la nariz ligeramente roma, el pelo cortado á peine, los ojos vivos, y sus labios dilatados por una franca y eterna sonrisa, dejan ver unos dientes blanquísimos. Apenas puede creerse al ver aquel jóven tan franco y tan modesto que sea el terrible batallador de Puebla y la Carbonera.

Su biografía se ha publicado mil veces: simpático y respetado hasta por sus enemigos, los mismos franceses admiraban su valor: yo me limitaré á trazar su historia en dos palabras. Porfirio Diaz ha dejado una huella de luz y de gloria sobre el suelo del país: en su carrera pública no se registra una mancha.

Hé aquí el hombre con quien iba á batirse el terrible general del imperio: este olvidaba que en varios encuentros, Diaz le habia puesto su marca en la espalda.

Márquez se dirigió á Puebla con su ejército tomando el camino mas largo de los Llanos de Apam.

Todavía para llegar á la ciudad de Zaragoza el ejército imperialista hizo un nuevo giro de costado, describiendo un semicírculo sobre Huamantla. Allí se supo que Puebla habia sido tomada.

Porfirio Diaz, en efecto, sitiando á Puebla sintió que Márquez venia en auxilio de la plaza. Dejarlo llegar era perderse; retirarse equivalia á una derrota. Entonces lanzó sus columnas hacia adelante, y en medio de un torbellino de fuego y de metralla ocupó la plaza el dia 2 de Abril. Puebla, que habia resistido tanto sitio, y que habia detenido setenta y cinco dias á los franceses frente á sus muros, sucumbió en unas cuantas horas.

Despues de obtenido este triunfo se arrojó el ejército de Oriente sobre Márquez. Este, que habia comenzado su

movimiento retrógrado, fué alcanzado en el pueblo de San Diego. Allí fué el primer combate, en el cual se trataba tan solo de contener algunas horas á los imperiales á fin de poder darles alcance: para esto fué preciso sacrificar la caballería del coronel Lalane que se batió perfectamente hasta lograr su objeto, retirándose á la hacienda de San Lorenzo, la que ocupó despues el enemigo.

El dia 9 ya se habian puesto en contacto las fuerzas de Oriente con las del Norte, habiendo pasado el general Diaz al campo de Guadarrama. El dia 10 se emprendió el ataque.

Entre los partes oficiales dados por los gefes liberales y las relaciones de los imperialistas, hay diferencias inesplicables en las fechas y hasta en los nombres de los sitios adonde tuvieron lugar aquellos encuentros.

Y sin embargo, de una plumada puede describirse aquel hecho de armas, diciendo que fué una derrota sufrida por Márquez en un trayecto de veintisiete leguas, y en un combate que duró tres dias. Sobre todo, las jornadas del dia 10 y el 11 fueron sensibles para las fuerzas de Maximiliano, porque en ellas quedaron hechas pedazos, apesar del valor con que se batian los austriacos, los húngaros y la contraguerrilla francesa. El viejo Márquez ya iba huyendo á esas horas con una pequeña escolta y un grupo de oficiales superiores hácia la capital. Kodolich habia tomado el mando de la division, la cual fué destruida en su carrera hasta San Cristóbal. Detrás de Márquez entraron los miserables restos de su florida division: los dispersos habian tenido que arrojarse al lago para llegar á México.

Un tal d'Hericault, que cuenta con mucho acaloramiento esta jornada, describe un triunfo en cada uno de los dias de ella obtenido por los imperiales, quienes, dice, alcanzaron cinco victorias en tres dias. Puede ser: pero de esos vencedores solo unos cuantos llegaron á la capital, sin armas casi, llenos de fango y de polvo, y jadeando por su precipi-